



Narrar la vida. Infancia, natalidad y formación

POR GLADYS MADRIS

gladysmadriz@yahoo.com

Para aquellos que, una vez en su vida, encontraron un tono nuevo, una nueva manera de mirar, otro modo de hacer, creo que éstos nunca experimentarán la necesidad de lamentarse de que el mundo es un error, la historia está atestada de inexistencias, y de que ya es el momento de que los otros se callen para que finalmente no se oiga más el cascabel de su reprobación... Foucault, *el filósofo enmascarado*.

Introducción

El corpus teórico de este trabajo se ubica en la reflexión sobre un imaginario de la infancia, el cual pretende responder y apostar a una noción otra, distinta de aquella, de gran legitimación académica, que la mira como la edad *in-fans* (sin lengua), edad cronológica a rellenar, a superar, en el camino hacia una edad supuestamente plena: la adultez. El objetivo principal de este estudio es el de realizar un ejercicio hermenéutico-filosófico a partir del relato de ficción del venezolano Julio Garmendia, *El regreso de Toñito Esparragosa contado por él mismo*, que nos permita hacer una lectura de la infancia con apoyo en Nietzsche y Arendt, específicamente, desde su concepto de natalidad. El ejercicio hermenéutico se desplegará mediante la realización de un contrapunteo entre relato, formación y natalidad.

Siendo pequeño, muy pequeño, demasiado pequeño para mi edad, me mandaron mis tíos, los tíos que me quedaban (o a quienes les quedaba yo, que fui huérfano de padre y madre a poco de nacido), a viajar por los países extranjeros, a ver si crecía (¿o tal vez no sería pretexto y ardid de todos ellos para mandarme fuera y salir de mí? ¡a veces lo pensaba!) “¡Para que aprenda algo útil!”, dispusieron tajantemente mis tíos Roque, Mauro y Régulo, sin posibilidad de apelación. “¡Y que no acabe de convertirse aquí en un animal, que es lo que él quiere!”.



El que así “habla” es Toñito Esparragosa¹, un entrañable personaje del autor Julio Garmendia², en ese bello relato que sale a la luz en el 2005. Pero el cuento, si bien inicia con la partida del niño, en realidad nos cuenta sobre la llegada de un niño otro, el mismo Toñito, pero siendo otro.

Ahora bien, el asunto, a manera de hilo conductor, que atraviesa el presente trabajo es la aproximación a un imaginario de infancia, llevados por la curiosidad de la autora que al igual que muchos, cree que en la literatura se consiguen muchas respuestas sobre lo que somos y seremos, por aquello de que la ficción no hace sino mostrarnos los mundos posibles. El relato en cuestión, si bien ficcional, no deja de tener aspectos autobiográficos, tal y como ya lo destacara Sambrano Urdaneta³, que coadyuvan a propiciar la reflexión sobre el referido imaginario.

En principio, no interesa aquí el imaginario de la infancia que tuvo el autor cuando escribiera la obra, tampoco su correspondencia con un género literario específico. Y no es porque ello no sea digno o importante, sino porque queremos insistir en otra cosa.

Por lo que cabe preguntar ¿por qué no tratar entonces de que a partir del relato se revele ante nosotros el mundo de las ideas que sobre la infancia tenemos? De manera, que no se trata entonces, de una lectura crítica literaria la que pretendemos hacer, sino otra, una lectura provocadora, una lectura reflexiva, que regrese a nosotros, para descubrirnos, para develar nuestras profundas e inquietantes imágenes que sobre la infancia tengamos. Ese es el principal propósito de este trabajo.

¹ Garmendia, Julio. *El regreso de Toñito Esparragosa, contado por él mismo*. Caracas: Editorial Criterio, 2005, p. 3.

² Julio Garmendia (1898-1977) escritor venezolano del cual Sambrano Urdaneta señalara lo siguiente: “introduce en sus relatos temas, personajes y ambientes tratados con visión de humorista, con un poco de sorna y mucha imaginación, elementos con los que contribuye a señalar caminos nuevos a la narrativa hispanoamericana, apegada a la estética modernista y al realismo criollo.” Sambrano Urdaneta, Oscar. “Julio Garmendia, el mejor personaje de sí mismo” en *ConciencActiva*, Nº 17, Caracas, 2007, pp. 161-180.

³ Señala Sambrano Urdaneta que en este “notable relato están los elementos tomados de la propia vida del autor en su viaje de ida y regreso de Europa, la descripción de la hacienda donde nació y pasó sus primeros años, el amor deslumbrado frente a la naturaleza animal y vegetal, proyectado en un decidido sentimiento ecológico de respeto y conservación”. *Ibid.* p. 180.



Luego, estaría el de hacer sonar éstas y otras imágenes, en el concierto de planteamientos que nos han dejado otros autores filósofos. Conscientes de que las lecturas no son ingenuas, y la lectura desde una hermenéutica filosófica como la que aquí hacemos mucho menos, aprovechamos las líneas de esta obra, así como sus márgenes, para hacer una lectura de la infancia otra, menos reductora y cosificadora, cargada de imágenes y metáforas. En ese sentido, en las páginas que siguen, comenzaremos con una lectura a propósito de un texto de Nietzsche, y continuaremos con otra segunda, más en la idea de un viaje de formación, para finalizar con unos apuntes en relación con la natalidad.

Con esta lectura de la infancia, queremos también, si es posible, *tocar* a otros, inquietarlos, en esta empresa lectora hecha al umbral del despertar, cuando al igual que en la tierra del nunca jamás, siempre es de día, y el tiempo se detiene para brindarnos la experiencia de llenar de niño el espíritu del adulto⁴. Lo cual entre otras cosas, nos proveería de una nueva mirada, para contemplar un mundo que cada vez más, se nos hace difícil de comprender y amar.

Un mundo que requiere de *nuevas vistas*, como el niño que estrena anteojos de colores y por ello afirma que ahora conoce un mundo distinto. A veces, necesitamos de esos anteojos, para sentirnos extranjeros, para despojarnos de tantos estereotipos, para sorprendernos con nuestra propia y juguetona imaginación.

1. Primera lectura o de la metamorfosis del espíritu

Para esta primera lectura del relato, partiremos de un hermoso texto de Nietzsche⁵, intitulado *Discurso de las transformaciones de Zaratustra*. En estas páginas, Nietzsche hace una crítica a su tiempo, y al modo de entendimiento del pensamiento y de la moral vigentes en aquel momento histórico. Con el *discurso de las Transformaciones*, Zaratustra, desarrolla los distintos cambios del espíritu: la del espíritu en camello, la

⁴ Debemos esta hermosa frase “llenar de niño el espíritu del adulto” a Jorge Larrosa. Véase Larrosa, Jorge. *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*. Buenos Aires: Ediciones Novedades Educativas y del CEP-FHE de la Universidad Central de Venezuela, 2000.

⁵ Véase Nietzsche, Friedrich. *Así hablaba Zaratustra*. Barcelona: Edicomunicación, 1999, pp. 38-39.



de camello en león y la de león en niño. Nos interesa interpretar el relato desde esta obra de Nietzsche, porque el discurso en cuestión, propone una crítica a la moral de su tiempo, que podría ser la misma para el tiempo presente y a la vez, y lo que es más importante, creemos que revela una ética del por-venir.

Pero antes, quisiéramos volver al relato en cuestión, porque bien sabemos que no es tan conocido. Toñito, un huérfano adolescente, está de regreso a casa, después de una larga estadía de formación académica en Europa, hacia donde parte siendo apenas un niño de aproximadamente seis años. La narración está en primera persona, ya que es el mismo Toñito quien va relatando su historia, la cual se concentra principalmente, en los acontecimientos más cercanos en tiempo y en espacio, con su regreso al pueblo de donde es oriundo. Pueblo genérico, ubicado en los llanos venezolanos, y donde reside el resto de su familia, quienes ansiosamente le esperan, con recibimiento y agasajo incluido.

El punto es que Toñito, preocupado por no ser aceptado por sus familiares, sobre todo, en cuanto a su apariencia general se refiere, adelanta su llegada por varias horas, y repentinamente, decide ser testigo- ausente de su recibimiento, subiéndose al techo de la casa principal de la hacienda de los tíos, desde donde comienza a apreciar, la red de acontecimientos que se van suscitando alrededor de su “no” llegada.

En el relato, sorprende al lector el centelleo de la idea de Toñito, cuando decide subir al tejado de la casa, para tener una visión del *asunto* de su llegada. Toñito es *tomado por una idea*, porque quiere saber qué pasa, lo que realmente se dice y se espera de él. Y decimos *tomado* porque aquí, verdaderamente, la idea es plena acción. No hay tiempo para considerar consecuencias, ni siquiera para determinar los riesgos. El adolescente emprende su escalada, como recordando las huellas de unos pies y de unas manos, que hasta el momento desconocía guardar.



Sin embargo, Toñito, acostumbrado como está a obedecer, a cargar como el camello con la tradición y la culpa, nos habla en el relato de sus saberes y de cómo echa mano de ellos para subirse al tejado.

Aunque sin llegar a duende ni gato, yo había aprendido en los países en donde me había educado a tanta costa, a moverme por encima de las paredes, los tejados y por dentro de las chimeneas, así como sobre los hilos del telégrafo y los postes de luz. También había aprendido – pues como queda dicho, estuve largos años en los mayores centros de cultura y adelantos de la técnica - a meterme por las tuberías del acueducto, los túneles, los bocoyes y albañales, las cañerías y otras vías además de las normales⁶.

En ese párrafo cargado de ironía conque el autor nos regala, es evidente una crítica velada a los *saberes* que la sociedad de turno relacionaba *con lo culto y avanzado*. A veces, con la intención de desprestigiar lo propio. Al respecto, y a riesgo de cierta disgresión, debemos comentar que cuando hemos dado a leer este texto a nuestros estudiantes, un alto porcentaje da por sentado que si un saber viene de Europa, es más cierto y avanzado. Hasta aquí esta nota reflexiva, continuemos con nuestro análisis.

De nuevo inmersos en las tesis de *Zaratustra*, ¿no será que Toñito asume como deber, el querer hacer lo que es agradable para su familia, y por ello su primera intención, es la de observar lo que pasa en la casa con motivo de su llegada, para poder comportarse tal y como esperan de él?. En esta actuación de Toñito, al igual que en el desconcierto inicial por su retorno a casa, creemos encontrar la primera transformación del espíritu de la cual hablara Zaratustra: la del espíritu en camello. Para ser más justos, deberíamos ubicar esa gestación más atrás en el tiempo, en la larga permanencia en Europa, porque tal y como aparece en el relato, ante el reclamo de los tíos de que regresase al país, Toñito les respondía lo siguiente:

Una y otra vez volvía a escribirles que tenía aún que visitar otra nación, conocer más ciudades y terminar varias materias, sin el conocimiento de las cuales mi formación sería incompleta y acabaría por agrietarse y hasta

⁶ *Ibidem.* p. 18



hundirse. Así que estuve visitando otros países, y acabando de educarme y perfeccionarme por completo en todos ellos.⁷

En ese tiempo de “educación” como entendía Toñito, el niño que se va haciendo adolescente, intenta hacerse *un hombre de bien*, como lo quieren *los tíos de las botas* (tal y como en ocasiones les llamaba). Toñito traduce, al igual que los tíos, *educarse* por llenarse de conocimientos, en acumular un pesado fardo de información, la cual, por este camino, contradictoriamente, nunca se transformará en saber real. Y si no, vean ustedes, como hay una velada intención del autor en hacernos ver lo inusitado, por no decir otra cosa, de algunos de los saberes que la sociedad culta, defiende como necesarios y válidos.

Volviendo a la metáfora de la *transformación* de *Zaratustra*, éste nos dice que el camello carga con lo que se pueda, para demostrar su fuerza. El deseo de Toñito está en desarrollar un cuerpo fuerte y vigoroso, que pueda cargar con todo “el pasto del conocimiento”. Pero no por ello, deja de ser un espíritu sufrido y se interna en el desierto de unos parajes, a “moverse por encima de las paredes, los tejados y por dentro de las chimeneas, así como sobre los hilos del telégrafo y los postes de luz”⁸ (como el personaje nos relatara), olvidándose de quién se es.

O como advierte Zaratustra: “¿Qué es esto? ¿apartarse uno de su causa en el instante que triunfa?”. Zaratustra, nos llama a la reflexión, sobre el hecho de que la causa inicial, de cada uno de nosotros, debe ser la de dar cuenta de quién se es. Y Toñito, aún no comprende que no por llenarse de información, alcanza el hombre su destino.

Pero regresemos al relato. Resulta que angustiado por su regreso, y sin determinar específicamente el origen de su desasosiego, el joven llega al pueblo antes de lo esperado. Lo que es lo mismo que decir, antes de que todos sus parientes y también buena parte del pueblo, le diesen la bienvenida preparada. Apoteósica bienvenida, debemos decir, y estando la cosa así, y horas antes de su *llegada*, decide subirse al

⁷ *Ibidem.* p. 4

⁸ *Ibidem.* p.4



tejado de la vieja casa principal de la hacienda, para espiar los acontecimientos. Lo cierto, es que serán varios días los que pasará escondido de las miradas de todos.

De todos, con excepción de la vieja Micaela, la antigua nana y Mano Chao, fieles y antiguos servidores de los tíos, quienes de manera fortuita, pero no menos providencial, por aquello de socorrerlo con viandas y ropa oportuna, se enteran de la presencia del muchacho, pero no lo delatan.

En esos días de escondite, una vez que se ha colmado el alma con los recuerdos que parecen despertar y descolgarse del cielo azul, que nuevamente le cobija. Después de años de ausencia, y también con la nueva información, tejida a partir del escudriñamiento riguroso por parte de unos ojos invisibles a los demás, por los espacios antes resguardados del patio y los corredores, las claraboyas de las cocinas y demás; en esos días de sorprendente renuncia a lo conocido, a la comodidad de lo dado, se va gestando la nueva transformación: la de camello en león inconforme.

Dice Zaratustra⁹ “conquistar la libertad, y un santo ¡no!, incluso ante el deber: para esto, hermanos, hace falta el león (...)le toca ahora encontrar hasta en lo más sagrado falacia y arbitrariedad, para que se robe la emancipación de su amor. Para este robo es menester el león.” En esos días de escondite, pero a la vez, de exposición a una naturaleza exuberante que aparece ante sus ojos, y ante la cual no le queda sino sucumbir a los recuerdos de su magnificencia.

En esos días, creemos, ocurre la transformación de Toñito en león. Aparece el león Toñito, diestro en la celada, en el robo de la presa (los pequeños conejos que aguardaban para ser la cena de los voraces tíos), solo porque así lo quiere. Y en el tejado, una vez negociado y convenido su propio espacio con el gato Mirzo, otrora único huésped del mismo; Toñito deja de ser el dócil camello, para convertirse en el ansioso león, capaz de luchar por su libertad y la de los pequeños conejos que secuestra, en gracioso episodio del relato.

⁹ *Ibidem.*, p. 38.



Como el león que es, Toñito cuestiona algunas prácticas de los tíos de las botas, y empieza a rebelarse ante lo establecido. Suponemos que mantiene su presencia oculta, ya no por confusión y vergüenza, sino por rebeldía, por el gusto de afirmar una independencia que, creánnos, le supone grandes incomodidades.

En el día, Toñito es el rey de la nueva selva conquistada: el tejado. Por tierra tiene los desniveles peligrosos de la canal y lo cóncavo de las tejas. Por las noches, una vez dormida la casa y sus ocupantes, desliza su cuerpo felino por las ventanas, y bajo techo ya, formando un ovillo con su cuerpo, da paso al sueño justiciero, que transforma las imágenes de las inexpugnables torres del castillo de los tíos de las botas, en otras de extravagante y amoroso rescate de la bella princesa Chepina.

Pero a pesar de todo, hay muchas cosas que el león no puede lograr. Zaratustra señala que el león no es capaz de generar nada nuevo. No tiene la capacidad de crear. De allí, que sea imperativo una nueva transformación, la de león en niño, para completar el círculo. La noche de Navidad, y estando Toñito todavía en el tejado, sucede un acontecimiento que maravilla al adolescente: presencia el nacimiento de unos conejitos, los hijos de los conejos rescatados en peligrosa peripecia, a riesgo de caerse y de ser descubierto. Dice Toñito¹⁰:

¡Sí! La navidad ha vuelto, sí; es hoy, es esta noche, en esta misma hora en que estoy aquí sobre el tejado, celebrando al nuevo niño que ha bajado sobre la tierra, y que es un manso y suave conejito moreno, esta nueva y santa vez. – ¡Dios sea loado!

La natalidad, es siempre un acontecer que interrumpe lo cotidiano, e invita a la reflexión. La escena, que nos permite rememorar aquella ocurrida en un establo de Belén, conmociona el espíritu de Toñito, siendo entonces presa de la última de las transformaciones: la de león en niño.

Dice Zaratustra “es el niño inocencia y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que echa a girar espontáneamente, un movimiento inicial, un santo decir ¡si!” La vida, para ser de verdad completa, ha de transitar por las transformaciones

¹⁰ Garmendia, Julio. *El regreso de Toñito Esparrogosa...* p. 98



necesarias, hasta llegar a cultivar un espíritu que sea afirmativo. Toñito se da cuenta que su situación en el tejado es insostenible y vana. No se trata ya de desilusionar a los tíos, con su presencia enclenque, en nada comparable con el aspecto de estos señores, rebosantes de fortaleza física y grandes, cuales gigantes. Otra idea le ha sobrevenido: la de jugar a ser quien se es. ¿Quién ha de ser?. No lo sabe, solo lo intuye.

En ocasiones, ha creído hallar la respuesta en el susurro del viento. En otras, los sueños le han insinuado imágenes que no terminaron de concretarse, porque cuando despierta, le pasa que se desvanecen las figuras sin contemplación alguna. Pero Toñito, ha hallado la fortaleza interior que le anima a un nuevo comienzo. La vida encuentra camino en los pasos cortos de la infancia, sin tener que esperar a la ostentosa acumulación de saberes, ni del conocimiento de todas las prácticas sociales.

La mirada de los tíos, mirada que evitara por tanto tiempo, ya no le preocupa. Ahora, se pregunta por el que *se mira*, mientras va siendo. Y también por el otro, y por lo otro, a quienes mira con nuevo asombro. Toñito estrena nueva mirada. Se ha operado un nuevo comienzo, un nuevo giro de la rueda de la vida, se ha materializado: *un santo decir ¡sí!*.

Bastó una chispa centelleante, para dar paso a la tormenta imaginativa que la infancia posee. La historia de Toñito, reconfigura nuestra concepción del mundo de la infancia: no se trata de una etapa por quemar, como si de una enfermedad se tratase. Empeñados en observar con ojos penalizadores, somos incapaces de percibir en el misterio de la infancia, algo más, que no sea materia prima para moldear lo que quiera el adulto. O peor, llevados por una moral pacata e hipócrita, creemos poseer la verdad de las cosas y nos constituimos en defensores de un imaginario, donde la infancia es nostalgia y un tiempo donde se vivía mejor, libre de dudas y dolor.

2. La segunda lectura. El viaje de formación de Toñito

¿Debemos llamar formación al camino emprendido por un niño que no deja de preguntar, de requerir información, y que años después, se nos presenta como aletargado en su papel de niño correcto y educado? ¿dónde se ha ido el muchachito o



la muchachita de gesto brillante y mirada acuciosa? ¿dónde se han metido las preguntas ocurrentes y la aguda perspicacia para cazar en el vuelo la contradicción del adulto? ¿dónde las ganas de desafiar los conceptos y llevarlos al límite de sus posibilidades, y en ocasiones, al límite de nuestra paciencia?

Hemos visto perderse al genio en cosa de un año, el tiempo que transcurre entre el preescolar(jardín de infancia) y el primer grado. ¿A cuál cerebro debemos tal destrucción, tal tarea de atontamiento, tal ejercicio de postración del espíritu? Sin duda alguna a la escuela. Por eso, no vamos a contextualizar la formación en la escuela.

El relato de Toñito nos permite hacer una lectura libre de ella. Nuestro autor, plantea un viaje de formación donde no se menciona la escuela. En realidad, se menciona muy poco, nos parece que en dos ocasiones: en la primera, Toñito habla de las muchas cosas que ha aprendido durante su viaje al exterior, pero lo cierto es que su viaje de formación, el que queremos comentar, comienza con su retorno. Y la segunda vez, es cuando Toñito, al final del relato y ya hecho un hombre, menciona con orgullo cómo ha construido una escuela en el pueblo, para que los niños se eduquen, quizás para que ninguno de los niños tenga que irse tan lejos, como lo hiciera él.

Pero la figura del viaje, en este caso, no debe tomarse como literal. Ya que el viaje al cual nos referimos, no necesita de mayores cambios en los espacios físicos o topográficos, sino en los psicológicos, o debemos decir en el espíritu. Hace ya algunos años, nuestros queridos maestros Bárcena y Mèlich propusieron “entender la educación como el relato de la formación de la subjetividad o de la identidad”¹¹. En el relato en cuestión, encontramos un pretexto, para detenernos a pensar en esa hermosa propuesta.

Sucede que en el caso del relato que nos ocupa, no es precisamente durante el viaje al exterior, ni en la larga estancia de Toñito en Europa, donde ocurre la transformación que nos interesa. Es a partir de su regreso al país, y a su pequeño terruño, donde

¹¹ Véase Bárcena, Fernando y Joan Carles Mèlich, *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Barcelona: Paidós, 2000.p. 106



comienza a manifestarse una nueva actitud en él. Una vez de vuelta, una vez en casa, es cuando Toñito tiene el tiempo para *perder* la mirada en los detalles cotidianos y descubrir las pistas que no se han buscado.

Esto parece una herejía: hablar de formación sin escuela, y de perder la mirada cuando debería ser lo contrario, ya que es cosa sabida que el problema de la infancia, entre otras cosas, es la falta de atención y concentración.

Toñito nos enseña que el aprendizaje tiene que ver con el tiempo, pero no con un tiempo *Kronos*, o tiempo de reloj, como solemos llamarle. Ha sido testigo y protagonista de numerosos incidentes, ha visto llegar el día y también lo ha despedido, pero lo ha hecho de otra manera: el tiempo, esa dimensión que no entendía, porque pasaba muy despacio o muy deprisa, ahora le parece más acompasado. Toñito se ha tomado su tiempo, y el tiempo se ha tomado a Toñito.

Nuestro amigo, ha pasado de la indiferencia hacia el tiempo normado, a la experiencia de un tiempo *kairós*, que le sugiere algunas notas para un relato próximo. Un tiempo que se vislumbra como la promesa de un relato por construir, que es lo mismo que decir: una vida por contar. La formación de la que hablamos, tiene que ver con un tiempo que se experimenta libre y hasta ocioso, si se quiere. Un tiempo para el inicio y no sólo para contar y repetir lo ya dado, lo ya dicho. Un tiempo para reinventarse, a partir de la memoria, de lo recordado. Un tiempo para imaginar y un tiempo para esperar las promesas que circulan en el aire y también en nuestra sangre.

Pero no bastaría el tiempo, sino existiese la necesidad de *contar-se*. ¿Cuándo se manifiesta en Toñito esa necesidad? Creemos que el espectáculo de la magnificencia de la naturaleza tropical obra como desencadenante. Eso, y también el extraño sentimiento que surge en él, cuando comienza a recordar y preguntarse, sobre quién se es.



Y como sabemos, no hay fuerza más poderosa para modificar la propia vida, que las historias que nos contamos y que contamos a otros¹². Precisamente, porque no existe una naturaleza humana universal como esencia innata, es por lo que se hace tan importante para la educación, los relatos que nos contamos y que animamos a contar.

Señala Ricoeur que “La persona, entendida como personaje del relato, no es una identidad distinta de sus experiencias. Muy al contrario: comparte el régimen de la identidad propia de la historia narrada. El relato construye la identidad del personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la de la historia narrada”.¹³

Pero las circunstancias, sobre todo las experimentadas como altamente novedosas, permiten que se den, toda suerte de variaciones en las historias que atesoramos. Cuando no hay marcos o situaciones preconcebidas, a la manera de estereotipos, entonces, surge más claramente, la necesidad de asumir nuevas tramas.

Es justamente lo que sucede en este relato. Magistralmente, el autor propone una situación desconcertante y para la cual los lectores no estamos preparados: sucede que casi todo el relato, como recordarán, acontece mientras el personaje principal está subido en un tejado de una casa de hacienda o campo. La circunstancia extrema expuesta en el relato, nos sugiere que el autor, nos propone un doble ejercicio formativo: pensar lo que sucederá con nuestro personaje, lo cual es lo mismo que interesarnos por los cambios suscitados en Toñito, pero a la vez, ¿qué sucede con nosotros? Ya no tenemos certezas.

Sucede que en el mundo de todos los días, a nadie se le ocurre subir al tejado de una casa para...para casi nada! Así que el ejercicio de ubicarnos en una situación altamente impredecible, es también para nosotros motivo de confusión, que a continuación nos preguntamos ¿qué nuevas situaciones nos deparará este relato para el cual ya no tenemos referencias? El guiño de complicidad del autor está en pleno

¹² Hay muchos estudios que señalan cómo aparentemente, hemos nacido con un formato narrativo (como le llamamos), en el sentido de que la naturaleza humana, desde muy pequeña, pareciera trabajar y organizar el saber, alrededor de formatos episódicos, y lo mismo sucedería por supuesto, con nuestra memoria.

¹³ Ricoeur, Paul. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI, 1996, p. 147.



desarrollo, y caemos en su trampa. Y por otra parte, sin la posibilidad de caer en automatismos, nos vemos obligados a re-pensar las maneras en que actuaríamos.

En el caso de “el regreso de Toñito Esparragosa contado por él mismo”, toda la obra no es más que un hermoso cuento de formación, y como en las mejores muestras del género de la novela de formación, observamos, en este caso más bien *escuchamos*, (porque el que nos habla es Toñito), un relato que se parece con mucho, a todas las historias de aventuras, que atesoramos en lo profundo de nuestra memoria. Audacia, temeridad, valentía, inteligencia, nobleza, picardía, se suman para dar lugar, a la narración de una identidad, que se busca en el devenir de un *dejar que sea*.

Sobre el tejado, Toñito tiene el tiempo y la oportunidad de ocuparse de sí. No se trata aquí de repetir lo conocido, más allá de unos ejercicios físicos de cierta complejidad y gracia. Lo más importante será decidir y actuar, sin las pretensiones de reafirmarse en el actuar, como lo hace aquel que todo lo sabe. Por el contrario, se trata de jugar a ser de otra forma, de criticarse, de intentar ser mejor, más auténtico.

En este ocuparse de sí, mención especial supone encontrar muy tempranamente, actos de extrema justicia y que suponen un riesgo físico considerable por parte de Toñito, como por ejemplo, el secuestro exitoso de la pareja de conejos, que aguardaban turno para ser sacrificados, como parte del banquete de bienvenida, en honor a su llegada. O el caso de la lección justiciera que Toñito preparase para Eladio, mozalbeta impertinente y desagradable, que tenía por diversión, la caza y el golpear a los animales.

Los acontecimientos cercanos a su regreso en tiempo y espacio, precipitan en Toñito el hacerse cargo de sí y de los demás. Se agudiza su capacidad introspectiva, y comienza a poner en tela de juicio, las certezas con las que había cargado hasta la fecha. En las páginas finales del relato, podemos conocer, la irrevocable decisión de Toñito, a dejar de esconderse de los tíos, lo cual sería una manera también de decir, que se convertía en dueño de sí mismo:



Comencé a moverme entre las cañas y aspiraba el olor de aquella tierra y de esa vida que me había sido tan entrañable y familiar en otra época, y en cuyas vecindades había visto la luz por vez primera. Aspiraba profundamente, y me orientaba oteando, venteando, olfateando aquel mundo verdadero, que era el mío, como quien se despierta de un sueño(...) y a medida que andaba entre las cañas, iba sintiéndome crecer: crecía rápidamente, por momentos, por oleadas, por impulsos que me venían no sé de dónde, o desde el aire de mi universo, o desde el sol, llevado por esa fuerza rara, como la crisálida en el instante de hacerse mariposa, dueño de mí mismo, recobrado¹⁴.

Crecer sin olvidar las raíces, crecer como un gesto afirmativo por la vida. Nos gusta este muchacho que no se aparta de la vida, del cuerpo, del contexto, para dar cuenta del crecimiento. Y sin embargo, en ese dar cuenta, no lo sabe todo, manifiesta que está involucrada una *fuerza rara* a la cual es incapaz de dar nombre, y no por ello, deja de percibirla. Es que la vida también tiene sus misterios. Morin,¹⁵ siempre alude al *homo ludens* y al *homo demens*, para recordarnos que escondemos muchas caras y que a la multiplicidad, es a lo que debemos, el genio posible del humano.

Por último, quisiéramos destacar, que en el proceso de crecimiento/formación de Toñito, no se evidencia una preocupación autista, incapaz de pensar en el otro y lo otro. Quizás, al principio del relato, cuando la imponente figura de su tío, le persiguiera como católico impenitente, vimos un intenso concentrarse en sí. Luego, a lo largo de la narración, se va haciendo evidente la presencia de ese corazón comprensivo, al cual hace referencia Arendt en sus escritos, y que tiene que ver, con la capacidad del ser humano, de perdonar, porque comprende la fragilidad del otro y la propia.

Arendt¹⁶, nos recuerda que ya que la acción y lo que se inicia con ella, es imprevisible y que no da marcha atrás, entonces, lo que puede salvarnos de caer en la barbarie, son

¹⁴ Garmendia, Julio. *Ob. cit.*, pp. 105-106

¹⁵ Morin, Edgar Morin. *El Método V. La humanidad de la humanidad*. Madrid: Cátedra, 2004.

¹⁶ Señala Arendt: "la redención(...) de la irreversibilidad es la facultad de perdonar, y el remedio para la impredecibilidad se halla contenido en la facultad de hacer y mantener las promesas. Ambos remedios van juntos: el perdón está ligado al pasado y sirve para deshacer lo que se ha hecho; mientras que atarse a través de promesas sirve para establecer en el océano de inseguridad del futuro islas de seguridad sin las que ni siquiera la continuidad, menos aún la durabilidad de cualquier tipo, sería posible en las relaciones entre los hombres." Arendt, Hannah. *De la historia a la acción*. Barcelona: Paidós, 1999, p. 106



dos grandes facultades que poseemos: la capacidad de perdonar y la capacidad de hacer promesas.

La sensibilidad por lo otro, está representada en el relato, por la respuesta de Toñito ante la magnificencia de una naturaleza tropical rica en variedad de fauna y flora, principalmente. Sensibilidad a partir de la cual, comienza a perfilarse una identidad con una sabiduría propia, resultado quizá, de una paciente mirada y una escucha atenta: de lo visible y lo invisible, de lo sensible, del sentido común y de la pasión. Al final del relato, las palabras suenan a un adulto que mira al mundo con complacencia, mientras se apura a cambiarlo, porque como ya sabemos, el inicio está inscrito en nuestra piel.

3. La tercera lectura: la natalidad, entre la novedad y lo incierto

En el relato, cuenta Toñito lo siguiente:

La noche de Navidad nació el conejito en mi tejado. No era blanco, ni amarillo, ni negro. Era un conejito moreno de nuestros campos y matorrales. Era suave, manso y pequeño, tan pequeño, que hubiera dado miedo metérselo entre el bolsillo, por temor de perderlo dentro. Había muchas estrellas en el cielo azul, diáfano. Brillaban tanto, que parecían haber recibido para esa noche algún nuevo fulgor(...) La dulce madre estaba allí, pero no miraba en derredor, sino que contemplaba embebecida el fruto de su vientre, al que el puro amor traía a la tierra aquella noche de navidad, y cuyo nombre se derivará del mío, porque el pequeñuelo se llama también Toñito, como yo.¹⁷

La imagen de la *natividad*, pareciera ser el desencadenante último de un acontecimiento que quiebra doblemente la quietud de la noche: por un lado, el milagro de un nacimiento, que siempre es novedad radical, pero por otro, el padecimiento de la extrañeza total, cuando se acaban las respuestas y sólo queda el desconcierto: la natalidad siempre nos deja con un sabor agridulce. Sabemos que hemos sido testigos de un milagro que no podemos repetir a nuestra entera voluntad. Cada vez, que el rostro de un recién nacido se nos hace presente, nos convertimos en testigos humildes de una hazaña, de la cual apenas vislumbramos la posibilidad de un mundo mejor. Suficiente para vivir en esperanza ¿no creen?.

¹⁷ Garmendia, Julio. *Ob. cit.*, pp. 97-98



Pero en ocasiones, sucede que dejamos de oír, aturdidos como estamos, por los mensajes contradictorios que recibimos diariamente y que cambian lo trascendente, por lo menos meritorio. Por eso dejamos de preguntarnos y de soñar despiertos. Y por eso, tememos a la infancia, porque denuncia nuestra incapacidad. Herederos como somos de un imaginario de la infancia que la tiene por incompleta, producto de un discurso académico psicologista, la infancia es entendida como un tránsito evolutivo hacia la madurez del pensamiento, y hasta del verdadero aprovechamiento y utilidad de la vida.

Evidentemente, esa noción estaría dentro de una filosofía de la fabricación del hombre, tal y como lo denunciara Arendt en sus trabajos, y no dentro de una lógica del por-venir, la cual nos proponemos, como ya se dijera, hacer sonar en estas páginas. Entendemos por lógica de la fabricación la imperiosa necesidad de una cultura como la nuestra (particularmente a través de la escuela) en hacer del otro lo que se quiere, lo debido, lo necesario, lo previamente planificado, antes que *dejar que sea*.

Por ello, nuestras aulas se han llenado de un discurso que recuerda el ámbito de una fábrica cualquiera: culto al disciplinamiento, culto a la eficiencia, culto a la productividad, en fin, culto por el éxito. La infancia, representa lo contrario a lo que ofrece ese nuevo *culto*, como trampolín para una sociedad más exitosa.

Peligrosamente, en nuestras aulas, el niño, frente a nosotros los docentes, no sólo va perdiendo su inocencia, sino también su autenticidad. No sólo se hace de una lengua, sino que pierde el deseo de hablar. No sólo disciplina su cuerpo, su postura, sus hábitos; sino que pierde el deseo de pensar por sí mismo. Antes, cuando el compañero lloraba, él lloraba con el otro, contagiado por una corriente de verdadera empatía. Ahora, cuando el otro llora, él se mofa, o se aparta, porque el sufrimiento no se cambia por baratijas, como la *carita feliz* en la palma de la mano.

El padecer, otrora altamente formativo, en el sentido de hacernos receptivos a los momentos otros de la vida, y que de alguna manera muestra el lado pasivo,



introspectivo, oyente, de nuestra personalidad; es dejado de lado en una sociedad que sólo premia el carácter activo, vigoroso, violento, de las personas. Esto, aunado a la *prisa*, se ha convertido en un fenómeno que se percibe como natural, cuando es todo lo contrario.

No hemos sido hechos para terminar más pronto. No hemos sido hechos para estar ansiosos, no hemos sido hechos para arremeter contra el otro y lo otro. Se trata de espejismos, de máscaras, de un carnaval que amenaza el precario equilibrio del que nos ufamamos. Engaños perceptivos que no permiten que veamos que somos frágiles, tan frágiles como el niño que no queremos ser, como la mujer que despreciamos, como el indigente que clama por un espacio y un tiempo para existir. Tan frágiles somos, que Levinas¹⁸ advierte que no podemos vivir sin hospitalidad, sin que nos acojan y reciban como recién llegados, como lo que somos, rostros, que reflejan la total incapacidad de vivir sin los otros.

Ya no se premia al niño que demuestra poseer un particular talante para conciliar y reconocer de manera justa, las distintas posiciones de los compañeros. Tampoco a aquel que pudiera ir más lejos, y dedicara buena parte de sus recreos para auxiliar al compañero menos diestro. Tampoco hay tiempo para agradecer al compañero que siempre tiene una salida graciosa, estimulante para todos. De ellos, casi que diríamos que pierden su tiempo, que no se concentran en lo suyo.

La concepción academicista sólo ve en el niño un vacío que hay que llenar: vacío de pensamiento, vacío de experiencia, vacío de lenguaje, vacío de productividad. En esta línea de juicios no se parte de lo que se trae, sino de lo que se carece. Se trata de una lógica del juicio y no de la posibilidad. Hace ya algunos años Foucault¹⁹ se refería a este tipo de lógica y echaba de menos una lógica distinta:

¹⁸ Véase a Lévinas, Emmanuel. *Ética e infinito*, Madrid: Machado Libros, 2000.

¹⁹ En un texto elaborado íntegramente por Foucault y que partiera de una entrevista con C. Delacampagne, periodista del *Le Monde*, para abril de 1980, el filósofo, pretendía denunciar el protagonismo excesivo de las figuras antes que de sus ideas, así que acepta realizar la entrevista sólo si se mantenía en secreto su participación, por ello, el trabajo de donde extraímos el párrafo, recibió el título de *el filósofo enmascarado*.



No puedo dejar de pensar en una crítica que no buscara juzgar, sino hacer existir una obra, un libro, una frase, una idea. Una crítica así encendería fuegos, contemplaría crecer la hierba, escucharía el viento y tomaría la espuma al vuelo para esparcirla. Multiplicaría no los juicios, sino los signos de existencia; los llamaría, los sacaría de su sueño. ¿Los inventaría en ocasiones? Tanto mejor, mucho mejor: la crítica por sentencias me adormece. Me gustaría una crítica por centelleos imaginativos, no sería soberana ni vestida de rojo. Llevaría el relámpago de las tormentas posibles.

Una crítica otra que formara parte de una ética del advenimiento, en el sentido de permitir las muy sospechosas características de la sorpresa, la novedad, la risa, la naturalidad o autenticidad, etc. Características que por lo general están muy alejadas de los contextos serios como la escuela o el trabajo.

Una ética del advenimiento no podría dejar la figura de la infancia por fuera. Esperar lo inesperado, pensar lo impensable, eso es tarea de la infancia. Ya no puede ser tarea del adulto realizado. Esa persona ya no espera nada, porque ya lo es todo. La soberbia del adulto no admite la irracionalidad de un pensamiento libre y apasionado.

Quizá, una de las partes más imprevisibles del relato “El regreso de Toñito Esparragosa...” sucede, como ya hemos dicho, cuando Toñito, una vez de regreso al pueblo, y ubicado ya en la hacienda de los tíos, decide subirse al tejado. Curiosamente, ni el propio Toñito, ni el autor del relato, explicitan el por qué de tan inusitada acción, lo cual debemos agradecer, porque nos permite a los interesados lectores, hacer las particulares interpretaciones. De manera, que hemos podido jugar con algunas posibilidades de lectura, incluyendo el juego metafórico que nos ofrece la natalidad de Hanna Arendt.

Lo primero que se nos ocurre es comentar, que la natalidad no supone una categoría esencial, como pudiéramos pensar que es el estar vivos, sino una posibilidad consustancial que tenemos todos los humanos, como lo es la de iniciar algo nuevo. La escandalosa, la provocativa, la subversiva posibilidad de dar al traste con el orden del

En este texto, Foucault no sólo elabora las respuestas con cuidado, sino que también construye las preguntas. Foucault, Michel. *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 1999, pp. 220.



día y por qué no, del mundo, y ser testigos de un nuevo milagro: la de una nueva idea, de una nueva vida, o simplemente, de un cambio fundamental en lo trazado.

Entonces para Arendt, la natalidad está íntimamente relacionada con la acción, en el sentido de que la relación del nacido, es decir, nosotros, con el mundo que conocemos, se establece a través de la acción y de la palabra. Todo hombre y toda mujer viene al mundo con la capacidad de iniciar algo nuevo, algo que lo diferencia, al mismo tiempo que lo iguala a sus semejantes. Por eso, es que no hay nada más negador de la vida que suprimir la identidad como derecho.

Hemos visto en este relato, que Toñito se recobra a sí mismo, cuando afirma su identidad. Eso no significa que esté completamente consciente de quién se es, y mucho menos de quién será. Nos referimos más bien a un sentimiento afirmativo, vinculado estrechamente con el sentir que se está vivo, y no tanto a una experiencia de corte jurídico, que lo convierta en poseedor de derechos y deberes.

Identidad sí, que no debería entenderse simplemente como individualidad, sino que presupone haber encontrado un equilibrio que haga posible el diálogo, sin desmedro de ninguna de las partes. En realidad, casi todo lo importante que nos ha de ocurrir, siempre ocurre entre dos, o entre nosotros, si somos más. Juarroz²⁰, con un hermoso poema remite a un temor mayor que el de desconocernos a nosotros mismos, ¿cuál sería éste? Olvidar la existencia juntos. El poema dice así:

Me inquieta al dormirme
la posibilidad de no encontrarme al despertar.
Pero me inquieta más todavía
la posibilidad de no encontrarte.

Me inquieta al dormirme
la posibilidad de que nos sustituyan
mientras duermo.
Pero me inquieta más aún la posibilidad
de no reconocernos cuando despierte.

²⁰ Véase Juarroz, Roberto. *Undécima Poesía Vertical*. Valencia, Pre-Textos, 2002, p. 156.



Me inquieta al dormirme
la posibilidad de que al despertar
nada corresponda con nada,
ni siquiera tú conmigo.
Pero me inquieta más todavía
la posibilidad de que a ambos nos borren el pasado
y tú y yo no hayamos existido nunca.

Porque no existe una memoria en solitario, porque no tiene sentido una memoria que no pueda ser compartida, porque a pesar de que cuando recordamos también olvidamos, y el olvido es necesario, no existe muerte tan terrible, como el no poder reconocerse y reconocer a los otros míos. Y la memoria hace posible la narración, algo que sin lo cual tampoco existiríamos, por lo menos tal y como nos conocemos, desde que el mundo es mundo. Debemos decir por tanto, que en el relato es hermosa la imagen de un muchacho que se decide a andar, y al hacerlo con sus propios pies, lo relata con sus propias palabras:

Sabía cómo moverme y cómo andar, e iba internándome tranquilo, seguro del terreno y del rumbo que llevaba sometiéndome a la naturaleza y a la vida. Pero respetándola, venerándola y amándola en su esencia y sus criaturas, esa innumerables, fuertes y pequeñas bestias oscuras, ocultas entre las cañas de la hacienda, o en los verdes matorrales de los cerros vecinos.(...) Como el vaho de la tierra, aspiraba yo profundamente aquel dulzor que venía flotando en el aire embalsamado. Las aletas de la nariz se me ensanchaban, se estremecía mi olfato, se dilataban mis pulmones, se me revelaban y emergían mis fuerzas más recónditas. ¡Allí iba a crecer; finalmente, iba a crecer...!

“Sometiéndome a la naturaleza y a la vida” nos dice Toñito. ¿No será que a veces es bueno abandonar tanta presencia, tanta postura, tanto artificio y dejar salir libre al niño que somos o que por lo menos fuimos?. En este relato de formación, Toñito desaprende lo artificioso que lo enajena de su espacio y tiempo. Un espacio donde ha llegado a insertarse sin generar violencia, un tiempo que ha hecho suyo, al acompasar su paso con el ritmo de esa tierra que le recibe en paz.

Corolario

En estas páginas, nos propusimos hacer una lectura del texto de Julio Garmendia, desde una mirada que nos permitiera revisar el imaginario que de la infancia tenemos. Obviamente, también hemos hecho otra lectura de la obra. Frente a una



interpretación, más o menos caracterizada por la concepción de la lucha entre la civilización y la barbarie, representada en el relato, por la presencia de unos tíos y de unas prácticas retrógradas y hasta salvajes, frente a la bondad y generosidad, de un pensamiento que se constituye en progresista y ecológico en el niño Toñito, cuando se hace adulto.

Antes que ensayar esta lectura, decimos, preferimos imbuirnos del espíritu de niño que conquista la vida y la esperanza, llevados por el discurso inspirador de Nietzsche. En el relato, creemos encontrar una nueva voluntad, la voluntad del niño, voluntad o potencia que inventa lo que no existe y que expresa lo inconcebible. El niño del relato va creando una nueva ilusión de subjetividad, reinventando su modo existencial. El sentimiento afirmativo de una vida plena, no admite la visión estrecha de un frustrado.

El sentido de un movimiento positivo de vida, se asemeja al movimiento de fototropismo de las plantas. Uno busca ex – ponerse, porque la vida siempre se abre camino. Sin embargo, este abrirse camino no significa que se arrase con cuanto uno tropiece, como si de hierba mala se tratase. Los gestos de una vida afirmativa no son ni amargos, ni mezquinos. Siempre habrá una golosina para compartir, una lágrima para verter, una fantasía que regalar, una utopía para emprender en conjunto.

Cuando pensamos en una ética del advenimiento, recordamos con emoción el capítulo de *Infancia, adolescencia y juventud*, del maestro Tolstoi²¹, donde nos pregunta con genuina preocupación, acerca de nuestros días de la infancia:

¿Volverá alguna vez esa lozanía, esa despreocupación, esa necesidad de amar y la fe inquebrantable que se posee en la infancia? ¿Acaso puede haber alguna época mejor que aquella en que las más sublimes virtudes – la inocente alegría y la infinita necesidad de amar – son los únicos impulsos de la vida? ¿Dónde están aquellas fervientes oraciones? ¿Dónde está el don excelso de aquellas lágrimas puras de

²¹ De esta novela que el autor entregase por fascículos, se ha dicho que posee muchos elementos autobiográficos. Aunque no fuera así, resulta una lectura hermosa en la tradición de la novela de formación, con sus variantes. Tolstoi, León. *Infancia, Adolescencia y Juventud*. Madrid, Aguilar, 1990, p. 92



ternura? El ángel consolador venía a enjuagarlas con una sonrisa y traía dulces ilusiones a mi inocente imaginación infantil. ¿Es posible que la vida haya dejado en mi corazón huellas tan penosas que hayan huido para siempre esas lágrimas y esos entusiasmos? ¿Es posible que no queden sino los recuerdos?

Un espíritu imbuido de la infancia no queda preso sólo y (solo) de los recuerdos. Construye nuevas fantasías y disfruta de las nuevas aventuras. Y lo hace en compañía, porque posee la virtud del dar y el don de recibir. Y lo hace agradecido, porque todavía puede *esperar*, a pesar de que en su derredor haya resentimiento y desesperanza. Y también puede cambiar, lo que se haya de cambiar, empezando con nosotros mismos. Entonces, esta nuestra interpretación del relato, no podría atenerse a categorías ya establecidas (como la de civilización vs. barbarie). Y al igual que el niño que hemos querido homenajear, debemos decir: ni una cosa ni la otra, un pensar nuevo, para una vida que ha de hacerse. Una ética del advenimiento.



Referencias bibliográficas

ARENDRT, Hannah. *De la historia a la acción*. Barcelona: Paidós, 1999

BÁRCENA, Fernando. y Mèlich, Joan Carles. *La educación como
acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*.

Barcelona: Paidós, 2000.

FOUCAULT, Michel. *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós,
1999

GARMENDIA, Julio. *El regreso de Toñito Esparrogosa, contado por él
mismo*. Caracas: Editorial Criterio, 2005

JUARROZ, Roberto. *Undécima Poesía Vertical*. Valencia: Pre-Textos,
2002

LARROSA, Jorge. *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje,
subjetividad, formación*. Buenos Aires: Novedades Educativas y del
CEP-FHE de la Universidad Central de Venezuela, 2000.

LÉVINAS, Emmanuel. *Ética e infinito*, Madrid: Machado Libros, 2000.

MORIN, Edgar. *El Método V. La humanidad de la humanidad*. Madrid:
Cátedra, 2004

NIETZSCHE, Friedrich. *Así hablaba Zaratustra*. Barcelona:
Edicomunicación, 1999

RICOEUR, Paul. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI, 1996.



SAMBRANO Urdaneta, Oscar. "Julio Garmendia, el mejor personaje de

sí mismo" en *ConciencActiva*, N° 17, Caracas, 2007, pp. 161-

180.

TOLSTOI, León. *Infancia, Adolescencia y Juventud*. Madrid, Aguilar,

1990